

Querido Antonio:

He tomado buena nota de tus observaciones, en relación a *La luz de la sangre*, cuya atentísima lectura no sé cómo voy a agradecerte por siempre jamás. Naturalmente, en la p. 36 debiera decir "ambos pies", y no por ceñirme a la presunta euforia del periodo, "sendos", así como, entre otras imprecisiones "avanzaban" en tercera persona y no en primera da plural. Ya las he pasado al ejemplar que servirá de referencia a la más que improbable segunda edición. Ahora te cuento.

León. Parece que todavía estoy ahí flotando sobre las luces de la Catedral. Habíamos llegado José Lupiáñez y yo, desde Mansilla, a eso de las tres de la tarde, y telefoneamos a la mamá de Vicente Presa, que nos había insistido en esto, sabiendo como somos ambos en esto de los compromisos. Iba yo especialmente "tocado"; de hecho, en Sahagún, un facultativo, a vistas de las llagas en los pies, me ordenó descansar tres jornadas, aunque tuvo -mirándome- el buen criterio de no insistir, ya que me leyó la intención de ponerme en el Camino. Ah, Antonio, la gula del Camino, su tentación poderosa y mágica. Doña Carmen, que es gallega ("ay mi rey, ay mi niño" nos decía), nos dio de comer y beber, y a las cinco, con sandalias de descanso, ya estábamos en la Catedral... Qué ganas de llorar, por la nostalgilla. Esos dos kilómetros seiscientos metros cuadrados de vidrieras. Esas vidrieras turquíes, con celestes; fucsias que suavizan los ojos como si fuesen alfombras de un palacio de Damasco. José que acaba de publicar, como creo haberte dicho en "Provincias" su libro *Luna hiena*) y yo estábamos medio levitando. Nos sentamos en uno, de los asientos de piedra adosados a los muros, y a mirar. Así hasta el fogonazo último de luz Y a la capilla santa después que parece un dibujo a plumilla de Doré. Qué condensador de energía. Siempre que voy a León, paro en esta capilla. Es absolutamente áurica. Esa Alhambra cristiana, la catedral de León. ¿Cómo no enamorarse después de esa Virgen Blanca? Allí nos estuvimos mirándola, como bobos. Y el clérigo González de Lama, que vista tuvo: vivir allí, a proa del fabuloso navío. Y el de la Encina también, de escorzo a popa.

Estoy lelo, Antonio, porque, horas después, me veo cabalgando, por aquellos riscos del Irago, dejando a la izquierda el Teleno -y su vibración telúrica- y el Aquiana, y su resonancia cósmica. Yo qué sé. Ese Bierzo. A Manjarín llegué con una belga que: había atravesado toda Francia a pie: edad indefinible parecía su propia hija, aunque pasaba de los 45 según desinhibidamente me dijo la genética o lo que sea y andares "de alicate" (como gráficamente llaman en el Camino. Y tocaron dos veces la

campana, así nos vieron llegar. A Tomás Martínez, el encargado del albergue, toda una institución en el Camino, sabiendo que profesa la fe de los templarios (y en efecto, ostenta el pabellón con la cruz de gules paté y la espada clavados ambos en tierra), le espeté nada más llegar el "Non nobis, Domine, non nobis sed nomini tuo da gloriam". Él lo repitió, como para sí, un tanto absorto. Así que, aprovechando su sorpresa, e rogué: "Eso me lo dices, pero con la mano puesta sobre mi hombro". Y lo hizo, previo que me despojase del sombrero. Y me golpeó luego el corazón con su puño "despierte el alma dormida", pensé). Y con José hizo otro tanto, si bien sólo le golpeó, llamándole "caballero del sol". El Bierzo. Vaya si nos faltaron tabernas para celebrarlo. Por eso, cuando en tu carta me mencionas el Bierzo, me embosco, en recuerdos, como si estuviese de pronto- adentro de uno de tus cuentos. Tomás nos despidió con cantos de monjes guerreros, alzando el volumen de un viejo y polvoriento radiocasete. Cómo resonaban en la sangre.

Gracias por ocuparte del futuro de *La luz de la sangre*. Como te decía hace un rato, la segunda edición está en el alero. El caso es que el editor imprimió sólo 300 copias (no, confiaba mucho en mí, desde luego). Lo que ocurre es que hasta él mismo, se percibió de la demanda, y que iban apareciendo en prensa comentario tras comentario. Claro está que ha infringido el contrato por los cuatro puntos cardinales, pero, sin embargo, por otros motivos (su desconsiderado proceder con respecto a la amistad, habiendo comido juntos varias veces), le he negado el permiso, para la segunda edición. El contrato, desde luego, me lo permite, ya que yo tuve buen cuidado de no cogerme los dados en esto de la propiedad. Es rehuir que cajón que te crio, si no, encuentro quien me acoja. Como sabe Dios, en tanto que poeta, lo que habrás tenido que pasar con los editores, otra cosa es como narrador), no me extiende. Tampoco me afecta excesivamente. Tengo claro que nuestra responsabilidad moral es escribir lo que buenamente va saliendo; lo demás no es de nuestra competencia. Si la cadena hasta el lector falla por el eslabón de esta gente, que se vayan espabilando. Encima de pobres, no vamos a abrirnos una úlcera.

El caso es que ya dispongo del soporte informático (que expresión, dios) de *El discípulo amado*, una novela algo más extensa que la anterior, sobre la identidad del autor del cuarto evangelio que lógicamente (incluso) no puede ser el apóstol. Hasta ahora solamente la ha leído José Vicente Pascual -que publica habitualmente en Ediciones B. Esta mañana hemos hablado por teléfono (él vive en Granada). La terminó anoche. Cariñosamente me ha dicho que estoy "maharón". Y que, con el último, capítulo, se le cortó la cena. Imagínate -añadió, siendo yo agnóstico, cómo lo van a pasar los papistas. Me ha costado sangre, es la verdad, esto es, articularla narrativamente, porque el mensaje estaba claro desde el principio.

Me he tomado. Un whisky con soda (vulgo seven-up) y son las diez y cuarto de la

noche. Me he quedado sin lectura (tras una limpia de novedades de Planeta, etc., que tenía en reserva, y que son pura miseria literaria). Voy a ver si mañana me alargo hasta Granada, donde he echado- el ojo, en la librería del corte, a uno de los tuyos). Me apetece mucho. Excusa lo largo de esta carta. Me gusta estar en tu compañía, y es un privilegio escribirte

Con un fuerte abrazo

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'to Antonio Enrique', with a large, stylized flourish extending from the end of the name.